

ANTONIO GUZMAN REINA
ALCALDE DE CORDOBA

PREGON
DE LA
SEMANA SANTA

CORDOBA 1966

Para Ana Maria Vaut, cordialmente

Augustus

ANTONIO GUZMAN REINA
ALCALDE DE CORDOBA

PREGON
DE LA
SEMANA SANTA

CORDOBA 1966

IMPRI/MASE:

CORDOBA, 6 ABRIL 1966

EL VICARIO GENERAL,

JUAN JURADO



GRACIAS, Señor Presidente, por las palabras tan cordiales con que me trae a presencia de los cordobeses que, viviendo ya la cercanía de nuestra Semana Santa, han sido convocados por la Agrupación de Cofradías para escuchar el Pregón que, todos los años, tensa y prepara el espíritu como aldabonazo lírico y sentimental, a unos días vista del acontecimiento.

He empeñado mi voz,—correspondiendo a una distinción que enaltece y obliga—, aún a riesgo de defraudar vuestra atenta expectativa, porque ni las facultades, ni el sosiego, ni las horas de estudio que el tema exigen, estaban a mi alcance. No puede extrañar, pues, que sienta en estos instantes el tremendo peso de la responsabilidad que ya, en ocasiones anteriores, vino a gravitar sobre mi ánimo no sólo al verme honrado con la designación, sino también, cuando leía su anuncio con una referencia que sinceramente agradezco, porque parecía dar por sentada una equiparación hasta la calidad de los muy brillantes pregoneros de nuestra Semana Mayor en los pasados años.

Realmente, siento como entonces,—pero aún más acusado—, este compromiso. Sin embargo, en aquellos momentos y ahora, tengo el ánimo tranquilo, porque los hombres de nuestra tierra no rehuimos el servirla desde cualquier actividad y, sin desvalorizar

la brillantez de quienes nos precedieron con pregones difícilmente igualables, sabemos que podemos enfrentarnos a la responsabilidad viniendo, como venimos, a cuerpo limpio y con el corazón por delante, para Córdoba y por Córdoba.



AY muchas actividades en la aproximación humana a las realidades, ante las que podemos ejercitar desde la indiferencia hasta la curiosidad y el espíritu analítico o, simplemente, la aceptación o el rechazo, aunque es corriente que ante lo habitual, ante lo cotidiano, prestemos o no nuestra adhesión pero no sentimos la necesidad de inquirir sobre las motivaciones de que esa realidad, ese hecho, nacieron o sobre las circunstancias que los conformaron a través del tiempo.

Ante los acontecimientos que nos son familiares, no nos planteamos preguntas profundas; si acaso, algún «cómo», deslizándonos sobre lo superficial, lo formal y lo adjetivo..., olvidando que los hombres están afincados en su momento cultural y su tiempo histórico, coyunturas que pueden inhibir o activar su capacidad de percepción y de reacción y condicionan o al menos encauzan, tanto su asimilación de la realidad que los circunda como los modos de expresión de su propia interioridad.

Así la Semana Santa nace con unas fechas y una intención muy concretas, como en el arte surge el barroco con sentido contrarreformista. Las mismas advocaciones de las imágenes, la misma acumulación de títulos con que las Cofradías se adornan: Real, Ilustre, Pontificia, Venerable, Piadosa, Antigua..., son un claro ejemplo de barroquismo que hoy, en un mundo tan técnico, en un mundo de siglas, suena extraño, pero es muy humano como forma de expresión de lo inefable. Porque el barroquismo de sentir la Semana Santa, es un modo de expresar, a través de curvas y rodeos, lo que en la línea recta de la razón se convertiría,—como dice San Juan de la Cruz—, en un «no sé que qué», empleando este

periodo gramatical de cinco monosílabos, único en la literatura para expresar lo inefable de los estados de ánimo surgidos de la experiencia del amor.

Pero si desapareciera el barroco, como estilo que se manifiesta en nuestras imágenes, en nuestros pasos, en nuestro modo de vivir la Semana Santa; si quedara sólo cartesianismo aséptico y formal, habría al menos un rincón en el mundo, el nuestro, donde seguiría teniendo sentido, porque la consideración de los misterios de la Pasión no puede hacerse de otra forma.

La Semana Santa de los hombres del Sur, sobre todo, tiene un mucho de desplante teológico, porque frente a la negación de María, levanta todo un repertorio, a cual más apasionado, de Vírgenes bajo la mayor diversidad de advocaciones para gloria y honor de la bendita entre las mujeres; frente a la fé sin obras propugnada en otro tiempo, se agrupan los ya unidos por una actividad que los agremia, para ejercitar la caridad de asistir a sus hermanos y la penitencia en unos desfiles donde fustigan el cuerpo; frente al «imágenes nó de los separados, no sólo María y el Crucificado sino que, haciendo pública exhibición, pasean ostentosamente por calles y plazas a personajes más o menos próximos a Cristo: San Juan, Pilatos, José de Arimatea, la Magdalena, Simón de Cirene... y aún a sayones, soldados y pueblo; a los que hoy llamaríamos, con lenguaje cinematográfico, los extras de la Pasión; frente al pesimismo a ultranza y la angustia luterana, la alegría de todo el pueblo y las luces, los cirios, la música y el hervidero de las calles...; frente al fatalismo de la predestinación jansenita, el participar activamente llevando el peso de una imagen sobre el torso cansado o los pies desnudos para cumplir una promesa, con la Fé y la Esperanza haciendo que cada uno viva su propia Semana Mayor...

Y sin embargo, algo ha pasado del siglo XVI al XX y los que iniciaron la Semana Santa no sólo para honrar a Dios, sino como manifestación de fondo polémico, —donde hasta el estandarte de

la Virgen se llama «sin pecado», para que no haya dudas—, no sabían que más allá de aquello a la defensiva, algo iba a permanecer pasada la lucha porque encerraba un valor positivo que es, en lo humano, su enorme, su tremenda riqueza expresiva y en su raíz, Cristo, esto es, la victoria sobre el tiempo, el eje de un dinamismo que perdura como sustancia siempre vigente.

* * *



A Semana Santa es Teología, es Liturgia, es Arte, pero también es Historia. Es un «hecho», una realidad a la que podremos acercarnos,—como a tantas otras realidades—, a través de un camino estrechamente delimitado, pero en ella nos comprometemos con toda nuestra integridad. Sucede aquí como en el Amor, que tendrá para nosotros la vía inicial de una sonrisa, de una mirada..., pero una vez que llega, amamos con toda la plenitud de nuestro ser. La Semana Santa podrá atraernos por su sentido litúrgico, o teológico, o artístico o histórico y aún cualquier estudioso de la gastronomía pudiera crear sobre ella un repertorio variadísimo de usos locales en esos días, pero la realidad total y dominante a que nos acercamos en la Semana Santa es el Misterio de Cristo.

Quizá aquellos que adoptan una postura académica frente a Dios y la Religión, pero no aciertan a separar la realidad de los matices, califiquen nuestro cristianismo como embrionario, elemental y apenas esbozado, además de bullanguero; cuando realmente es sencillo y cordial, humano y tan entrañable como el del Apóstol de las Gentes, cuando decía en su carta primera a los fieles de Corinto:

"Yo llegué a anunciaros el testimonio de Dios, no con sublimidad de elocuencia o sabiduría, que nunca entre vosotros me precié de saber cosa alguna, sino a Jesucristo y éste crucificado (2,2)... Y yo, hermanos, no pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo" (3,1).

Puede que sea infantil, pero es hermoso el sentido popular de reparación de nuestras procesiones, de nuestras imágenes vestidas de bordado terciopelo o de sedas, donde manos angélicas trenzaron arabescos; de nuestras Vírgenes luciendo joyas y orfebrería que pone en la noche resplandor de estrellas sobre sus cabezas, para reparar así el escarnio del Pretorio, el burdo sayal y la corona de espinas o el dolor de María ante la Cruz. La mofa y las invectivas de unos, entonces, son ahora murmullo de oraciones o el íntimo desgarrar de una saeta y la indiferencia de otros, es participación de todos en el drama, sintiéndonos coprotagonistas con Cristo en el dolor de la Pasión, mientras nos caracolea en el alma la alegría presentida de la Pascua, como dos polos que son la muerte por nosotros y la resurrección para nosotros, una promesa y una esperanza.

* * *

Y es que las formas peculiares de creer, de orar y de expresar de un pueblo, responden a la estructura espiritual de sus hombres, que han de inclinarse ante dos alternativas, la razón y el sentimiento, no con carácter de exclusión, sino para dar a una u otra la primacía en el camino hacia el Misterio.

Dios no es sólo objeto de nuestro conocimiento al que puede llegarse a través de la difícil escalada metafísica, sino que es tam-

bién,—desde Cristo y para todos—, posibilidad de convivencia, de diálogo, de comunión y de amor....; de, —como dice Ortega—, «hacer de otro, —de Él—, nuestro centro y fundir nuestra perspectiva con la suya». Y en esto no se aleja de San Agustín, para quien el amor es «una especie de vida que funde, o ansía fundir otras dos: al que ama y al que es amado».

«Santa España, masa cuadrada, atrincheramiento de la Fé, que término medio no conociste», —dijo Paul Claudel—. Nuestro pueblo sabe, porque hace y siente las cosas a la española, esto es, profunda y seriamente, que el conocimiento de Dios exige, no sólo una respuesta de nuestra mente sino, ante todo y sobre todo, una respuesta plena y compacta de nuestro ser entero; que la fé, como germen de una integral actitud nueva, no puede reducirse a un mero acto intelectual, porque es español, —que no desprecia los argumentos de la razón y sabe ser filósofo con los filósofos—, estima mucho más los argumentos vitales y, por consiguiente, es capaz de vibrar mejor con aquella doctrina que se aprende al pié de la Cruz. Por eso, ningún pueblo ha vivido el mensaje de Cristo con tanta intensidad como el nuestro, porque ha vivido mejor que nadie que Cristo ha sido verdadero hombre. Y a la gente, en definitiva, lo que no la engaña, es la experiencia directa con lo humano, porque la razón puede ser un mecanismo de hipercompensación, —«los sueños de la razón engendran monstruos», escribía Goya al pié de uno de sus alucinantes dibujos—, y sus argumentos son muchas veces, formas de rehuir el propio mensaje y las exigencias de la vida.

De esto, algo entendemos los cordobeses, que a un «ergo...», a un «luego...» que precede a una consecuencia asépticamente elaborada, sabemos oponer un «estamos», como afirmación rabiosa de presencia y determinación, como una rúbrica que no admite ser discutida. Y hay quien piensa todavía que cuando Osio expuso por vez primera a los Padres de Nicea, el Credo por él redactado, no terminó con un «Amen» sino que recordando que era de Córdoba,

añadió solemnemente «Estamos». Y desde hace mil seiscientos años, venimos estando y estaremos hasta el final de los tiempos.

Con sabiduría infalible de pueblo viejo, creemos que Dios no es una problema de curiosidad científica y nos gusta menos hablar de El que hablar con El, porque sabemos que, en la humanidad de Jesús se encuentran definitivamente Dios y los hombres. Y de todos los modos que podemos escoger en el Misterio de Cristo, el momento en que culmina su entidad humana es la Pasión. «Si El no ha resucitado,—dice San Pablo—, vana es nuestra fé». Cristo resucitó porque había muerto y murió porque era hombre.

La Semana Santa, entonces, es también una manera, la nuestra, de entender y comunicar la Encarnación, el acontecimiento que abre,—desde el silencio recogido de una tarde en Nazaret—, un nuevo capítulo en la historia del género humano. Porque si la Creación, la primera epifanía de Dios, surge al conjuro del Fiat omnipotente resonado en los espacios infinitos apenas abiertos y nacen la luz y el firmamento, la tierra y los árboles, las estrellas, los peces y las bestias y el hombre..., la Redención se inicia con otro Fiat, con un hágase en mí, pronunciado mansamente por una doncella galilea que se turba, cuando el Angel le anuncia que ha sido elegida para que en ella se cumpla la profecía: «Una virgen concebirá y dará a luz un Hijo que se llamará Emmanuel» (Is. 7.14). Un Hijo que se llamará Dios con nosotros...

Y la Virgen de nuestras Semanas Santas es aquella con Dios encarnado en su seno, «como montón de trigo cercado de lirios», se lee en el Cantar de los Cantares, (7,2), diáfana y candorosa como en un cuadro de Fra Angélico o Murillo; que no tiene los ojos turbados de llorar velando la agonía del Hijo con la pesadumbre de los días y las noches de congoja, sino la Virgen niña aún, que lleva en la mirada el gozoso estupor de la Anunciación. Y las manos que sostiene un pañuelo de encaje, un rosario de filigrana o recatan el pecho atravesado por puñales de dolor, no están

quebradas por los trabajos o trémulas sobre la carne muerta del Justo, sino que son manos de adolescente que esperan acariciar la tibieza rosada de un niño que ya es realidad en sus entrañas.

De los matices realistas de Gregorio Hernández o Berruguete, —anatomía doliente, exacta y sin concesiones—, a la dulzura infantil de Montañés o nuestro Juan de Mesa, va toda la diferencia de quienes se cifien a la fidelidad histórica a los que centran su amor en el momento en que María asume la gloria de su Maternidad pero, al mismo tiempo, se constituye en Madre de todos los humanos. Por eso, en sus advocaciones andaluzas, no es sólo para nosotros la Virgen que llora su dolor, ni la que sufre angustiada el drama del Gólgota, sino que,—con regusto de tragedia clásica—, la hacemos Virgen de las Lágrimas, de los Dolores, de las Angustias..., esto es, Madre de todos los que lloran, de todos los que sufren, de todos los que sienten el peso de la angustia atenazándoles el corazón.

El dolor de nuestras Vírgenes y el dolor de nuestros Cristos, más que la contorsión del desesperado, es el de un alumbramiento que pone en el mundo la Esperanza. Porque si el dolor del parto, —tan es el mayor de los dolores que las mujeres lo olvidan y cada uno les parece tan nuevo como el hijo que vé la luz—, no se puede disimular, nuestros imagineros no lo ocultan y cada Crucificado y cada Madre transida son un grito de dolor, pero también un himno de esperanza, de esa esperanza, que nos trajo Cristo al hacerse como nosotros. Al hacerse hombre con un cuerpo que se puede matar y una vida humana que agonizará en la Cruz.

* * *



ese Cristo que es carne y es Dios, que es dolor y esperanza, se hace Amor un domingo,—cuando los cordobeses estamos en luna de miel con la primavera—, para cruzar el Puente de Julio César viniendo del Campo de la Verdad, mientras cae la tarde y los cirios de los nazarenos reflejan su cabrilleo en el «cristal maduro del Guadalquivir».

El lunes es carne torturada para Remedio de Animas, bajo el rosetón ojival de San Lorenzo y doblar de campanas pausadas y silencio del pueblo que lo vé seguir calle arriba, alucinante y cárdeno, con unos lirios de plata floreciendo en sus llagas.

Y es carne y es Dios en su Expiración, el martes entre dos filas de callados penitentes, —negro de luto y esparto de mortificación—, con una mirada que ya no es de angustia y de abandono, sino de entrega como víctima por quienes lo crucifican.

Y es el miércoles, Dios y carne, dolor y Misericordia por el Arco Bajo de la Corredera, ascético y torturado sobre un trono de oro y claveles, camino de San Pedro donde nuestros Mártires esperan su retorno.

Y el jueves es Dios y dolor, carne y esperanza, cuando desde San Cayetano pasa ante la Puerta del Colodro por donde Córdoba se abrió a la Cruz; a esa Cruz que, en su hombro, es peso para hacerlo caer y áspero sitial de gloria al levantarlo en el Gólgota. Jesús del riesgo y del triunfo, devoción de quienes hacen arte del peligro en la arena y cambian esa noche la embriaguez del aplauso por la anónima humildad del cofrade.

Y es Dios y es carne, dolor y esperanza, amor y mensaje el Viernes, surgiendo al filo de las doce por el portalón barroco de San Hipólito, en silencio que es, como escribía San Pablo, «gemido

inenarrable», para decirnos que la muerte es buena, que la muerte es amiga, criatura aceptada por Dios, hermana nuestra y estación terminal del camino a la Vida.

Y culminando la semana de su epifanía callejera, el Dios carne dolorida, mensaje de amor y esperanza, lívido y tenso en el relicario del Sepulcro donde yace esperando la gloria de la Resurrección. Y los tambores destemplados y los cantos de Requiem, ahondan la negrura que,—en la liturgia de mañana—, romperá una Luz y desde ella otra y otra y más... anunciando el renacimiento a una vida nueva en el júbilo de la Pascua.

* * *



A nuestra no es una Semana Santa convencional, de dominante atractivo turístico, como la Ciudad no es para el visitante apresurado de guía sintética, de tarjeta postal dando fé de su presencia o de fotografía junto al monumento conocido. Córdoba no se dá al coleccionista de recuerdos, porque de las Ciudades con personalidad y solera no se tienen recuerdos, sino vivencias, experiencias íntimas, profundas e intranferibles.

Por eso, el extrañío a ella no necesita acomodación; no ha de franquear ninguna zona psicológica de defensa si se acerca a vivirla con sinceridad, marginando lo espectacular o lo rabiosamente pintoresco, para abrir el alma y los sentidos a lo que no puede reducirse a número y medida: a la autenticidad. Porque Córdoba, ha dicho Anselmo González Climent, un poeta, «es la cordura que le falta a Sevilla, la seriedad que no conoce Málaga, la hondura que no resiste Cádiz, la plasticidad que no florece en Jaén, la tragedia que no vive el levante andaluz, la majestuosidad que se fragiliza en Huelva, el realismo que no cuadra en Granada...»

Pero todos estos componentes no engendran aspereza, ni sequedad, ni tensión incómoda, sino equilibrio y hondura, porque así como la sabiduría no es pedante, la alegría no es bullicio, no es risa que cosquillea ligera en la superficie de las cosas, sino sonrisa profunda y sabia como un eje centrado en la misma esencia del ser.

Y sin merma de la agudeza, del ingenio, de la definitiva y sentenciosa oportunidad de las palabras, los cordobeses crearon un estilo pausado, íntimo y solemne de vivir, que no es senequista si por senequismo entendemos una variante intelectualizada de la apatía, ni es árabe si quiere verse en ello anodamiento sensual y fatalismo que conduzca a la pasividad; ni por vejez racial son despectivos y suficientes, de vuelta de todo, porque saben que la vida es un camino sin retorno en el que bien se puede hacer como un rito de las cosas pequeñas, para cumplir sin alardes las grandes empresas.

Que nadie se deje engañar, porque los que en la umbrosa quietud de un patio, ponen en juego todos sus sentidos para gozar de una copa de vino, lentamente, ritualmente o que hablan con una parquedad que es cortesía y parece que, al levantarse, van a arreglar con un gesto de su mano los pliegues de una toga clásica, guardan unas reservas de actividad, de noble intención y de limpia gallardía, que saben actualizar siempre y con exactitud cuando llega su hora, porque parece que la providencia dispuso que en cada encrucijada de la historia del pensamiento o de la acción, estuviera presente un cordobés.

Así se manifiesta la raíz de universalidad que los hace «ciudadanos del mundo»; hombres sobre el tiempo histórico y sobre las limitaciones de su contorno, que saben crecerse ante el infortunio y la dificultad y no se embriagan por el triunfo: Séneca en la prianza imperial y en el exilio; Aben Hazam proscrito, volviendo oculto para ver de lejos a su amada; Osio puesto en entre-

dicho; los mozárabes como una isla de fé en el mundo hostil del Califato; Maimónides en su añorante peregrinar fuera de Córdoba; Averroes, del éxito a la indigencia; Góngora maltratado por los ingenios de su tiempo; Gonzálo de Córdoba, agudo impertinente cuando la ingratitud lo colma; el Duque de Rivas perseguido, después de dar versos y sangre para gloria de España...

Esta categoría vital se ha proyectado desde siempre en el terreno religioso, haciendo que nuestra Ciudad ocupara lugar de privilegio, porque Cristo, entrañado ontológicamente en su esencia, la llevó a dar apasionado testimonio de El con la sangre de sus mártires; porque de aquí salió la voz que proclamó el Credo, —y es nuestro legítimo orgullo que todo el mundo católico rece con palabras de un cordobés—; porque luego, se constituyó en enclave de cristiandad,—Covadonga del sur se le ha llamado—, donde Eulogio y sus discípulos dieron ejemplo de renuncia a la vida por la fé y por la unidad de un destino común en lo universal, trescientos años antes de que se elevaran en su cielo los estandartes de la Cruz...

Y todo ello con ese estilo discreto, pero firme y profundo que hace a Córdoba abrirse cada año, como un inmenso paso de azañar y de estrellas para recibir la carga leve de sus imágenes sobre el empedrado de las calles que, desde siglos, vieron congregarse a pueblo, hermanos y cofrades en torno a la doliente figura del Justo y a la mirada llorosa de María.

Nuestra Semana Santa, en una tierra donde la explosión barroca de las formas se contagia de austeridad, exhibe una imaginería más cerca del naturalismo renacentista, inspirada en un sentido religioso tan auténticamente popular que hace difícil determinar la medida en que influyeron los artistas en el gusto colectivo o si era éste el que privaba sobre los imagineros. La madera policromada domina porque permitía atender entonces sin demoras, mejor que el mármol, las incesantes solicitudes de Cofradías y

Hermandades, para convertirse en el bello asidero concreto de las devociones comunes que, desde el siglo XV jalonan nuestra historia cofradiera, hasta llegar al XVIII en que se perfila el costumbrismo español.

Entonces, —dice Eugenio D'Ors y en esto lo sigue el gran hispanista Karl Vossler—, «puede afirmarse que empiezan las Semanas Santas a ser espectáculo». Y Ortega y Gasset coincide al señalar que «este fenómeno tiene su razón de ser en el hecho anómalo de que la nobleza y alta burguesía del siglo XVIII imitaban al pueblo en sus diversiones y artes... El pueblo, que en todas partes imita un modelo ofrecido por las clases superiores, se encontró en España atenido a sus propias inspiraciones y, entonces, surgen el toreo profesional, el cante y el baile profesionales y la Semana Santa, empieza a ser cada día más un espectáculo».

* * *



IN embargo, a los cordobeses de antaño no les bastaba la adoración fugaz de los «pasos» itinerantes por las calles engalanadas, sino que con un deseo de permanencia en el homenaje a Cristo, creaban en sus mismas casas los altares que dieron a nuestra Semana Santa una fisonomía peculiar, hoy sólo en el recuerdo y la añoranza.

En aquellos días, las imágenes del Crucificado y la Dolorosa, tan repetidas en los hogares dentro de un fanal que protegía el terciopelo con lentejuelas y bordados de los mantos, se trasladaban al lugar preferente, adornado con luces, plantas y flores, con lo más delicado y valioso de sus ajuares, entre los que no faltaba el mantón de manila o la colcha recargada y policroma, como tapiz de fondo.

Estos altares, —«pasos» anclados entre las familias—, traslucían el brillo oscilante del aceite o de la cera que, desde las ventanas, era como una llamada y una invitación. Y los parientes, los amigos, todos los cordobeses, —porque en días de hermandad nadie es extraño—, se detenían en cada altar para hacer ofrenda de su oración o de su saeta íntima como un susurro y recibir, también, el fraternal convite de pestiños, torrijas y la chicuela de ans que, todavía entonces, se llamaba aguardiente que es más sincero, más expresivo y más varonil.

Cristo en las calles, Cristo en las casas, Cristo llenando unos días en que se quebraba la norma y el ritmo cotidianos y la gente endomingada tullía con un aire de fiesta popular. Ricardo de Montis nos ha dejado una estampa colorista de lo que era la Semana Santa de Córdoba hace un siglo, donde lo tradicional, enraizado en un tiempo tan lejos de las sustituciones apresuradas de nuestra hora, fija a el curso de las devociones precedidas, como en una disposición simbólica de apertura a renovar el espíritu, del cuidadoso arreglo de casas y de calles para, llegado el Jueves Santo, asistir a los Oficios, visitar los Monumentos luciendo cada uno el más escogido de sus trajes y escuchar el Miserere en la Catedral-Mezquita.

Y a las nueve de la noche, desfilaba desde San Cayetano la Cofradía de Nuestro Padre Jesús Caído y Nuestra Señora del Mayor Dolor, presidida por un torero famoso junto a nombres que, desde los carteles, pregonaban el arte de Córdoba en la torería.

Y el Viernes, la Procesión del Santo Entierro, a la que concurrían todas las Hermandades: Los curtidores con el Señor de la Oración en el huerto, los sastres con Jesús amarrado a la columna, el Cristo de Gracia con los esparragueros y la nobleza con el Santo Sepulcro, al que seguía la Virgen de los Dolores, esa Virgen que este año, pasará su realeza coronada por nuestras calles, seguida por las interminables filas de quienes, desde su dolor, bus-

caron en Ella la esperanza y el consuelo de su aflicción.

Quede como empeño el que, sin desdoro de lo que hoy es la Semana Santa de Córdoba, —más por reflejo de vecindad que por tradición propia—, vuelva también a su íntima autenticidad con el renacimiento de esos altares olvidados que, en cada barrio, en cada rincón, proclamen las devociones populares. Porque la historia no es irreversible para los que se gozan en el pasado sin olvidar el presente, un presente de progresivo esplendor merced al esfuerzo de muchos cordobeses que ponen su mejor ilusión en la brillantez del culto público a sus Titulares.

Desde los seis «pasos» que desfilaban hace siglo y medio en la única Procesión del Viernes Santo, organizada por el Ayuntamiento, hasta nuestros días, se ha recorrido una larga andadura. Las treinta y dos imágenes que, en las calles de Córdoba, pasan hoy de domingo a domingo son, en su número y en su radiante presencia, muestra de lo que el espíritu emprendedor inspirado por la devoción, puede lograr y, sobre todo, un anticipo de futuro si la constancia, la coordinación de esfuerzos y la actividad organizada previsoramente, logran agrupar de verdad a los cordobeses en lo que debe ser una tarea común.

* * *



quien me pidiera un itinerario para vivir nuestra Semana Santa, le respondería como el mozuelo que informaba a un turista sobre el mejor camino para alcanzar la Mezquita desde la calle de Jesús María: «Usted se deja ir como el agua y ya llegará...»

Yo le respondería también, que se dejara ir... para llegar a

Cristo, para llegar a María en el rincón exacto, personalizándolos fuera de un orden y una norma establecida. Porque cada imagen tiene su sitio y su hora, que es la hora de la belleza, de la devoción, de la intimidad...; el momento sobrecogedor en que se enhebra un «paso» por la estrechez de una calle, el contraluz y el reflejo, la sombra y el eco... filas de penitentes tras el Rescatado subiéndolo por el Realejo, síntesis vital que no conoce diferencias en el amor a su Dios; el Señor de las Penas por Puerta Nueva, abierta a las estrellas con la espadaña silenciosa del Carmen desdibujándose en la noche; Nuestro Padre de la Sentencia bajo la torre mudéjar de San Nicolás, recatada en el vértigo de la urbe y erecta como la Verdad que ignoraba Pilatos y la Virgen de la Merced, con el arco de la Malmuerta como un palio de piedra y leyenda...

O, ante la maciza arquitectura de Santa Marina, —templo que semeja fortaleza—, Jesús de las Penas, humillado, solo, dulzura en los ojos y sangre en la frente abatida, lleva tras de sí la belleza indescriptible de la Esperanza, Virgen de gitanos y piconeros, triqueña y adolescente, bajo un palio que oscila marcando la cadencia de un andar leve, quebrado en ocasiones por el ritmo creciente de un balanceo que se hace oración y piropo...

El Cristo del Prendimiento y la Virgen de la Piedad en la Plaza de San Andrés, seria y renacentista y Jesús de la Pasión en su vuelta a San Basilio, donde la saeta brota del corazón y rompe el aire dormido del Alcázar viejo... Y Nuestra Señora Reina de los Mártires, llenando la calle de Torres Cabrera con el tintineo de los varales de su trono, como un quejido rítmico en el silencio y la quietud. O el Señor de la Humildad y María de la Paz por el jardín de las Dueñas, isla de calma con rezos monjiles tras los muros del Cister...

Y la maravilla expresiva de la Virgen de las Angustias ante el delirio barroco de la portada de San Pablo, que retorció la piedra de sus columnas para hacer de ella dos cirios que iluminan

al Hijo muerto en sus brazos... Y el Cristo del Descendimiento por el Triunfo, con la Mezquita al fondo y los naranjos y el Guadalquivir, «en fama claro, en ondas cristalino», que cantara Don Luis de Góngora... Y la Virgen Reina de los Dolores, que desde hace tres siglos reproduce cada Viernes Santo, en ese «rectángulo de cal y cielo», — como se ha llamado a la plaza de Capuchinos—, la secuencia más conmovedora y entrañable de la Pasión: «Stabat Mater Dolorosa, iuxta Crucem lacrimosa...». Cristo se desdobra de la piedra y se hace clemencia para andar con su Madre el camino de los Dolores, que es para nosotros de amor y redención...

Y luego, Resucitado, con la Virgen de la Alegría en la exaltación primaveral del Campo de la Merced...

Nos dirán que el Señor de los Padres de Gracia vino de Méjico hace tres siglos y que el Gremio de Panaderos llevaba antaño su Cristo del Calvario hasta el Marrubial para que bendijera los campos de trigo... o que el manto de la Soledad fué capote de un torero... y que la Cofradía de la Caridad, la que hoy desfila escoltada por legionarios hieráticos, tenía la merced de un real cada día, concedida por los Reyes Católicos... o que ésta imagen es de Ruiz Olmos y aquella de Martínez Cerrillo...

Ante nosotros, en cualquier lugar, a cualquier hora de la noche, pasan los siglos y la Fé, pasa la historia y la anécdota hecha poesía pero, sobre todo, impregnando el alma y dando sentido a esa amalgama de ojival y barroco, de Iglesias de la Conquista, de gótico y mudéjar, la humanidad de Cristo porque, para nosotros, la Pasión es el máximo testimonio de que El es Dios encarnado.

* * *



A Semana Santa disciplina la brava independencia del cordobés que se convierte, cada día, en unos rasgos más entre las filas de quienes esperan el paso de las procesiones o, en ellas y por todo el tiempo del desfile, vá como hermano de luz o llevando atributos, pendiente de la campanilla o de la castañuela o del andar de quien le precede, luchando contra el cansancio y el agobio del cubrerostro... y quién sabe si también con el duendecillo del deseo de saludar en voz baja al amigo, desde la impunidad uniforme que lo ampara. Y reza y mortifica su humanidad en penitencia. Y los cirios con la llama hacia abajo, «como una supervivencia de la costumbre griega y romana de llevar inclinadas las antorchas fúnebres», que dice Henri de Montherland, dejan luego, en el suelo, dos regueros brillantes y paralelos como una senda de sacrificio y devociones.

La vuelta de cada año no se justifica por la ilusión de la novedad y es un auténtico reincidir en la esperanza, como el de los millares de personas que aguardan pacientes horas y horas para ver un espectáculo tan repetido, con alguna nueva dalmática, unas nuevas tallas o unos jarrones de estreno en un paso. Quizá esperen porque el espíritu humano tiene una vocación hacia lo concreto y gusta de que los sentidos le marquen caminos a través de la realidad tangible. Los seguidores de Erasmo de Rotterdam, los racionalistas y los separados, rechazarán las procesiones, pero todo un pueblo opone al metal dialéctico de la razón escueta, la madera policromada, que llama a través del sentimiento, —vida encarnada—, hacia la postura íntegra de una fé que ni es subjetivismo, ni mera superestructura racional, sino algo viviente y operativo que no tiene porqué excluir los latidos del corazón.

Pero esa antigua tendencia hacia lo preciso, no es patrimonio único de los españoles, ni exclusiva de nuestra Semana Santa enraizada en el tiempo. Francois Mauriac dice en su «Vida de Jesús» que, más que ninguna otra razón, «lo movió a escribirla la necesidad de volver a encontrar,—de tocar con la mano, por decirlo así—,

al Hombre viviente y que sufre, cuyo sitio queda vacío en medio del pueblo: el Verbo encarnado, esto es, un ser de carne, de una carne semejante a nuestra carne...»

De donde un intelectual francés de nuestros días, se identifica con aquellos que, desde hace cinco siglos, siguen a sus imágenes en las noches penitenciales, clamando como San Juan de la Cruz,

Descubre tu presencia
y máteme tu vista y hermosura;
mira que la dolencia
de amor, no se cura
si no es con la presencia y la figura.

* * *



El Dios distante, el que se manifestaba sólo ante unos pocos escogidos desde que el hombre rompió la intimidad con El por su pecado, viene a nosotros en entidad representativa de lo humano para hacer explícito su mensaje; «para hacernos partícipes de la divina naturaleza», como dice San Pedro (2-1,4). Porque con El termina la antigüedad de los héroes elegidos, la antigüedad clásica de los dioses «supremos poderes cósmicos», para iniciarse el presente del hermano, la era del hombre de la calle, de ese hombre, que hoy necesita más desesperadamente que nunca de la esperanza... Todos los años viene Cristo a recordarnos que la Ley se esencia en el solo precepto del Amor, que contiene un palpito de esperanza porque sin ella, el amor no tendría sentido. Una esperanza que se ha de esclarecer, para toda la Humanidad, al fin de los tiempos y, al término de nuestra vida, para el hombre singular. Por eso, mientras haya hombres, estará en sazón el Mensaje.

Puede que todo el aparato externo de la Semana Santa sea para mostrarnos mejor como debemos interiorizar, comenzando por ser sinceros con nosotros mismos desde el fondo de nuestro existir, para proyectar esa sinceridad hacia nuestros semejantes ante quienes, a veces, nos es más difícil callar una pequeña buena obra que escandalizar con un gran pecado. Porque El no asumió una humanidad de pura apariencia, sino que se constituyó en hombre condicionando, subordinando a las limitaciones de nuestro linaje su naturaleza divina y además, «se hizo obediente hasta la muerte y muerte de Cruz» (Fil. 2,8).

En esta cobertura, expresada por el arte que inspiró el sentir de un pueblo, viene a la Ciudad de la que Unamuno dijo:

Saavedra, Lucano, Séneca,
Córdoba.

Roma canta en la Mezquita,
Guadalquivir medita
el sueño de Abderramán.

La vida, fuerza del sino,
vida en tragedia,
tragedia en juego, Lagartijo;
en las ermitas
sostean campeadores del Señor;

a esta «celeste Córdoba enjuta» que, por su ejecutoria mereció de Dios el privilegio de tener un Arcángel por Custodio.

Y cada año, desde los Triunfos que elevó la devoción popular, al cruzar los «pasos» esclareciendo la noche con sus luminarias, San Rafael dará cuenta al Señor de que hemos sido fieles al mensaje de amor y de esperanza que alienta y vivifica nuestro peregrinar terreno, en este suelo bendito y en este espíritu de equilibrada serenidad, que se llama Córdoba.

EL PREGON DE SEMANA SANTA 1966
pronunciado por el Illmo. Sr.
DON ANTONIO GUZMAN REINA,
se edita por iniciativa y a expensas de los
Sres. Capitulares del Excmo. Ayuntamiento
de Córdoba, a cargo de la
Imprenta «San Pablo» que lo terminó
el día 16 de Abril de 1966

LAUS DEO